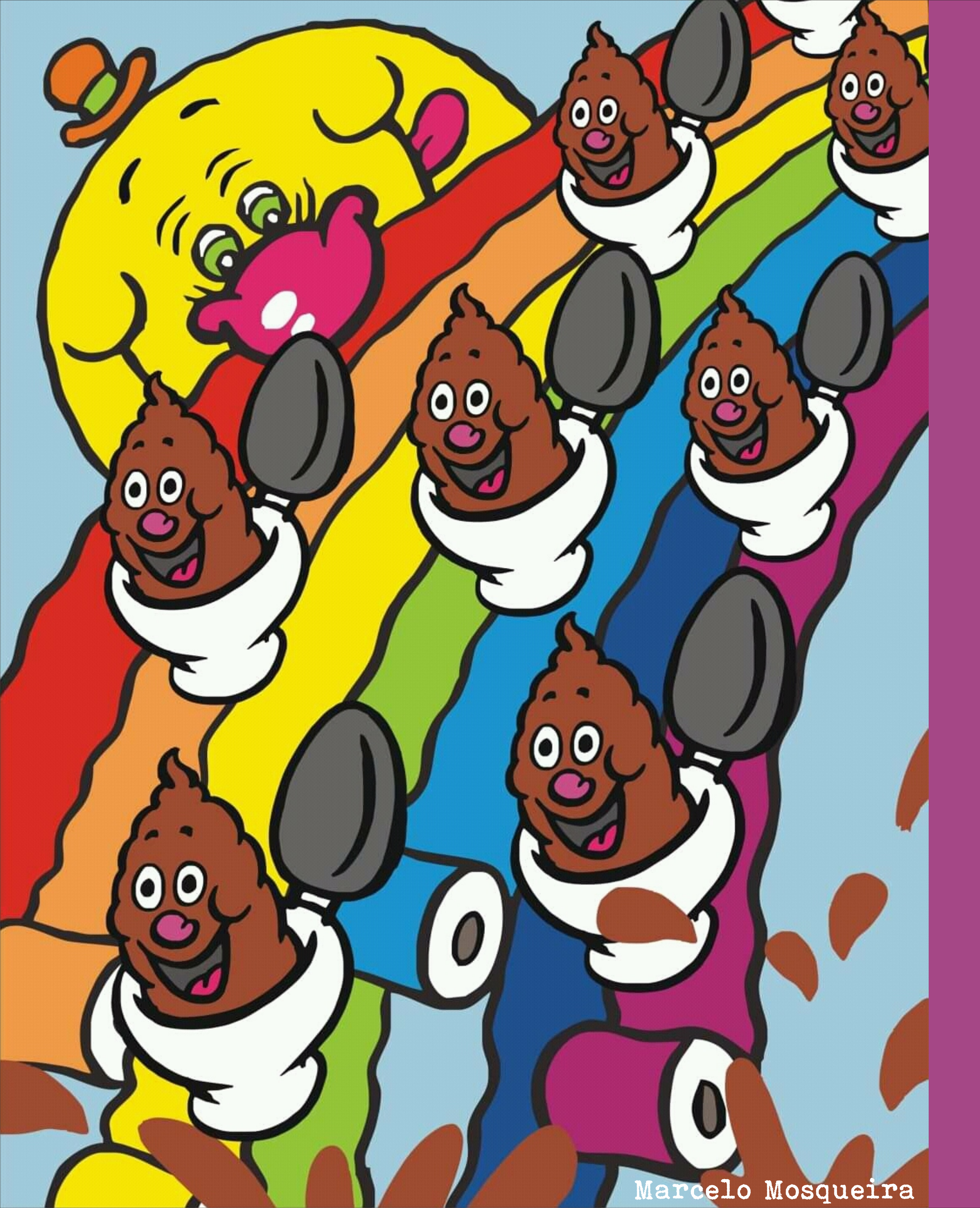




MÜTÜR

expelida
un veintiséis
de febrero
de dos mil veinticuatro/
Archívese

MÜTÜR

UN MONSTRUO EN LOS ZAPATOS

Por Hernán Tenorio

A veces los monstruos aparecen de formas indecibles, como restos de palabras que han caído en desuso, como un soplo de viento que te pega en la nuca al cruzar una avenida, como el recuerdo de un personaje nefasto de la historia, como el sonido molesto del agua que corre sin cesar de un grifo roto, como una melodía pegadiza que suena todo el tiempo en la radio, como un bolsón con restos de pan mohoso...

Este monstruo es especial porque se aparece en los zapatos y hace que la gente tropiece en la calle. Festeja los tropiezos riéndose a carcajadas, sobre todo cuando las personas sufren golpes fuertes o, incluso, cuando pierden la vida al caerse.

Dicen que es pequeño y verde, que se adhiere a las medias como un abrojo o un pequeño insecto que muerde y chupa sangre, le gusta especialmente la de los tobillos y el olor rancio de los zapatos en verano.

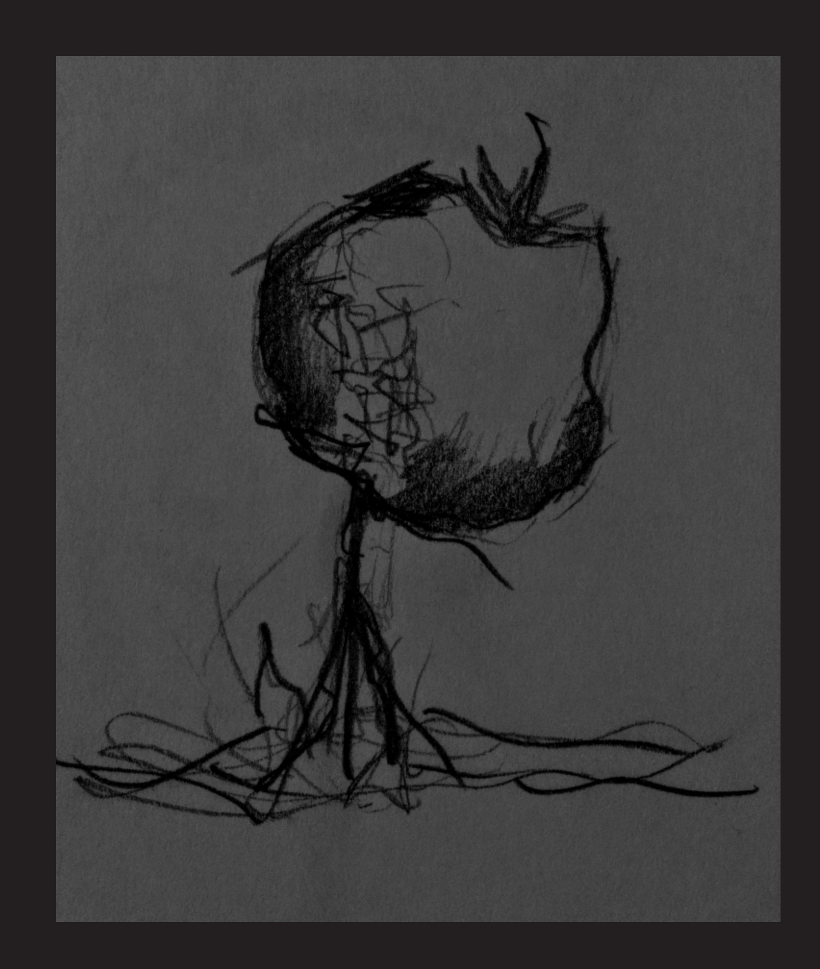
Muchos lo llaman el Matapata o el Patasucia, otros prefieren decirle el Monstruo de los zapatos. Habita en todo el mundo, principalmente en zonas cálidas y desérticas. Se reproduce en noches de luna llena, dejando sus huevos en las suelas acanaladas zapatos.

TXT 435

Por Rodrigo Fiotto

Una cruz
Cuatro direcciones
Una cruz
No pasar
Un dios
Una cruz
Un día
Una cruz
Un libro
Una cruz
Una cara
Una seca
Una vida
No llovió
Solo cayeron
Gotas
No llegué
Solo intenté salir
Me caí, me levanté
Un día llovió
Solo caía agua
Que cortaba la piel
Y humedecía el alma
El gris del cielo, aplastaba
Enterraba cuerpos como plantas

Solo llovía y la brisa brisaba
Y la lluvia mojaba
Y el cielo enterraba
Solo deje la tierra
Y camine por el aire
El infinito me acompañó
No sabemos dónde vamos
sí sabemos que caminamos.



TODO ESTO ES POR TU CULPA

Por Juan Sirro

ELLOS/as
votaron las hemorroides

celebraron con vino de piel un ÉXITO DERROTADO

acá estamos
(anudados)
aguardando el gerundio sexual

POBRECITOS, dice Dios

POBRECITOS, repiten los ángeles

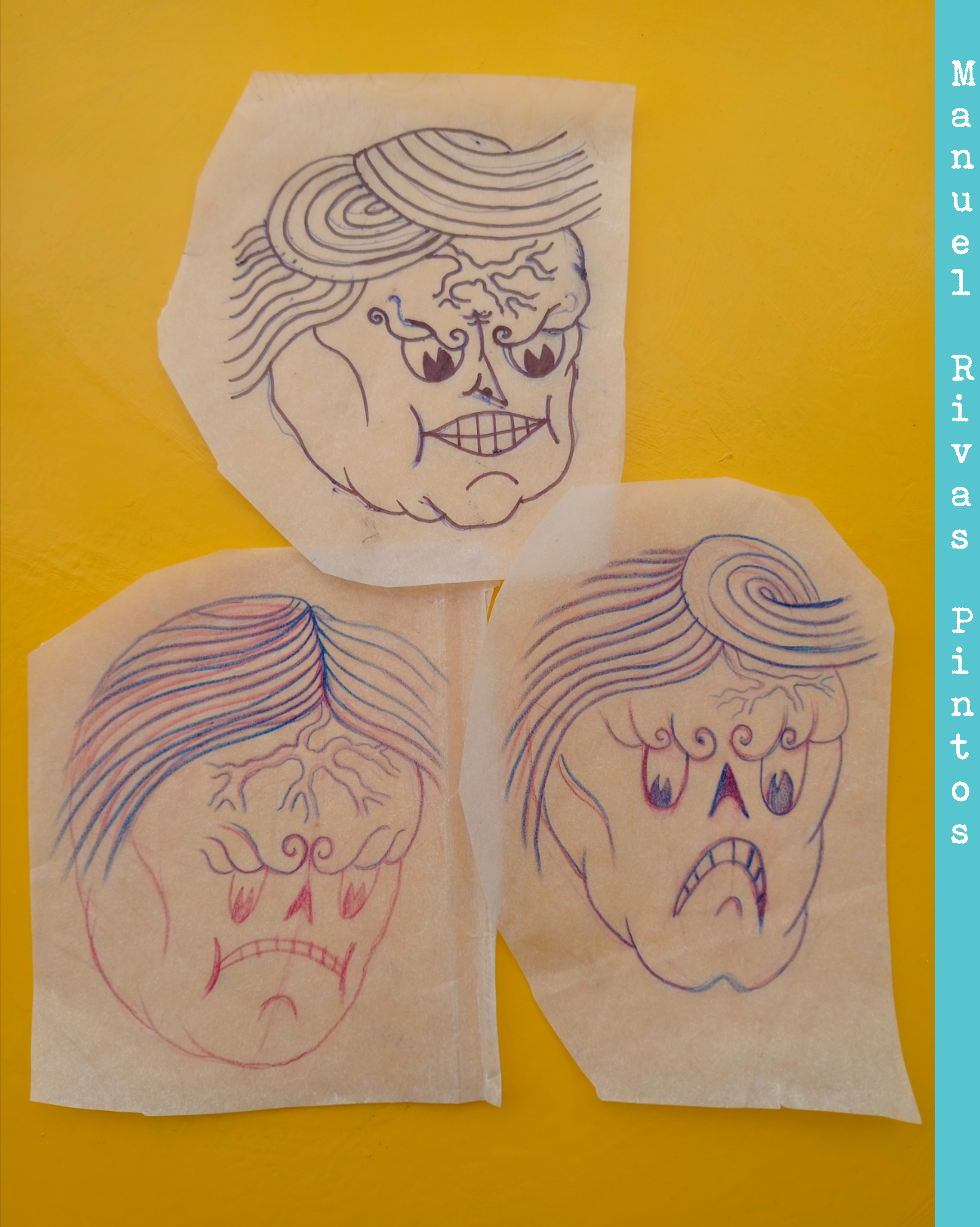
estamos
todos en el horno alquímico

vamos a dejar de ser oro para ser
MIERDA

metástasis colectiva

un país
desnudo (sin genitales porque se los robaron)

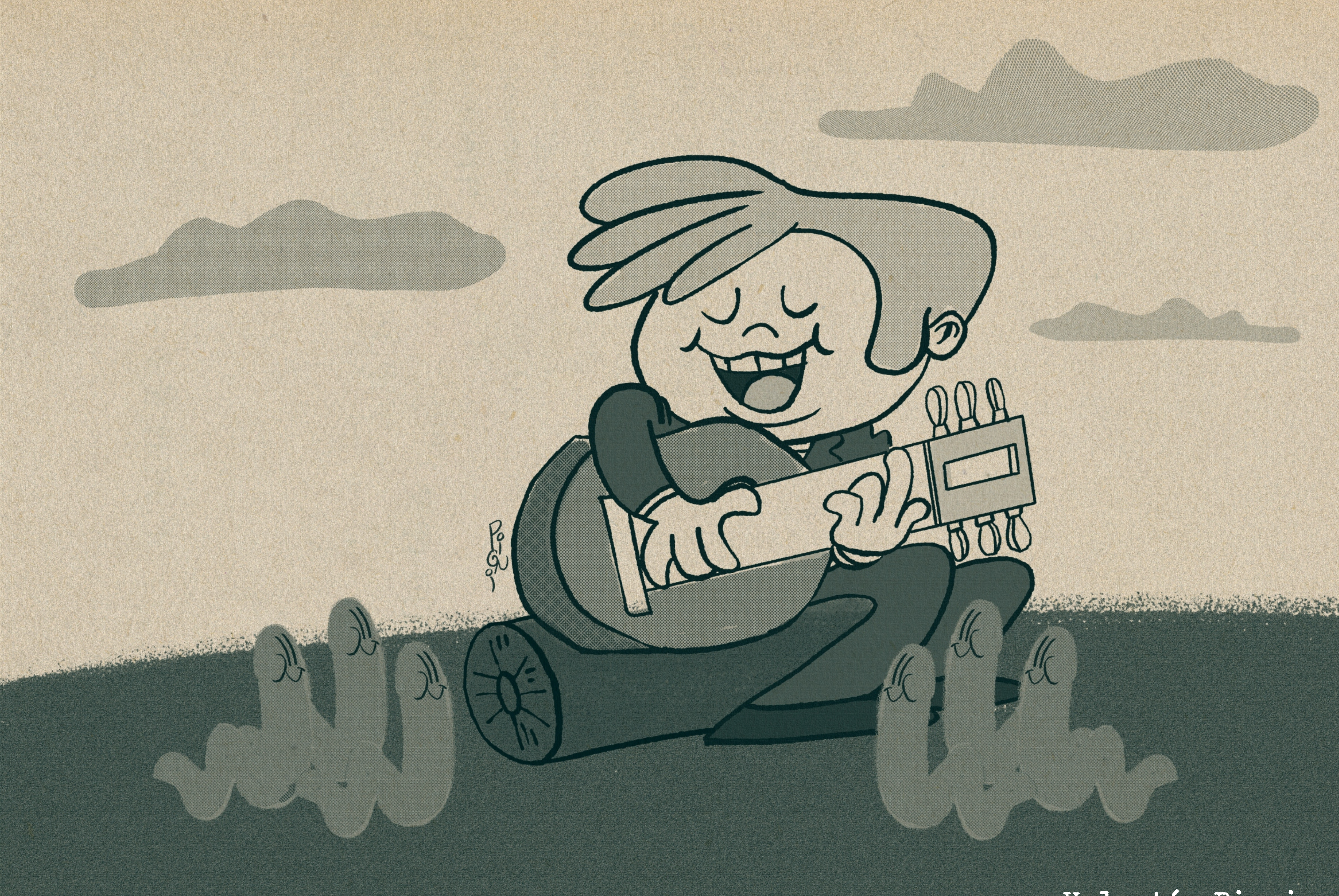
pedazo de cuerpo estúpido que habla / "vamos a estar peor, mejor"



Manuel Rivas Pintos



Lorena Pinasco



Valentín Pigni

MASCARADAS

Por Gabriel Juárez

Las máscaras cubren los rostros
de parcos peatones.
Las máscaras cubren árboles
árboles y aves.
Las máscaras cubren incluso
bolsas de basura.

Oscuridad mascarada, fúnebre carnaval.
Oscuridad mascarada, fúnebre carnaval.

No te quités la máscara, mujer
tengo miedo de ver tu rostro.
No mirés bajo mi máscara, mujer
tengo a desnudar mi alma.

Oscuridad mascarada, fúnebre carnaval.
Oscuridad mascarada, fúnebre carnaval.

AUTOANÁLISIS

Por Pablo Katzin (Fritz Sol)

Qué horrible es la sensación de estar viendo un programa de chimentos en mi cabeza conducido por una persona oculta tras un espeso velo y generando discordia entre los entrevistados de turnos que no son otra cosa que un opíparo coro de vedetes y actores de mala muerte peleándose entre sí acusándose unos a otros.

Una especie de trastorno de disociación donde cada una de mis personalidades (en definitiva, mis arquetipos) asumen su rol defendiendo ciegamente sus postulados.

En sus rígidas personalidades no permiten la posibilidad de la existencia de otro punto de vista. Monoteístas de su propio Dios, niegan la existencia del otro, no pueden convivir en el disentimiento quizá por una cuestión de inseguridad, una especie de conservadurismo que conduce a un quietismo y una obvia incapacidad de adaptación y de adecuación a lo nuevo. El miedo de lo nuevo es el sentirse desamparado por no tener un punto de referencia, un en qué sostenerse, ya no confías en nada ni en nadie, y en este punto se produce una paradoja: el desconfiar implica que no podés dejar que otro haga algo por vos, cosa que conduce al hacerlo todo uno mismo y a su vez, al no confiar en el otro, en las oportunidades que se ofrecen,

lleva a uno al mutismo y la quietud.

El no hacer, más que por miedo a que a uno lo caguen, es por miedo a ser responsable de las consecuencias. Los hay religiosos quienes no actúan por miedo al castigo y no reconocen sus logros pues creen que ellos no son responsables sino el Dios al que adoran.

Esta posición cómoda también es paranoica porque el miedo al castigo (el progreso) paraliza porque se produce un debate moral interno entre querer hacer algo pensando qué puede esta acción producir efectos nefastos en el otro.

Esa disyuntiva moral con Dios, no es otra cosa que la disyuntiva con el Dios propio al que hice referencia más arriba. Uno (una parte de uno) actúa de acuerdo al dogma al que adscribe. El arquetipo al que representa esta variante de la personalidad no reconoce la interacción con el otro.

Leer entre líneas la actitud de Raskolnicov en "Crimen y Castigo" es entender que el asesinar es un símbolo, es el hacerse cargo de los logros y el no remordimiento de conciencia. El superhombre de Nietzsche es eso. El matar a Dios es el matar la idea en pos de su concreción.

La idea, al estar dentro de uno, está segura y cómoda como seguro y

cómodo esta uno al no actuar. El no querer llevar a la concreción es también un acto egoísta.

¡Ahoi!



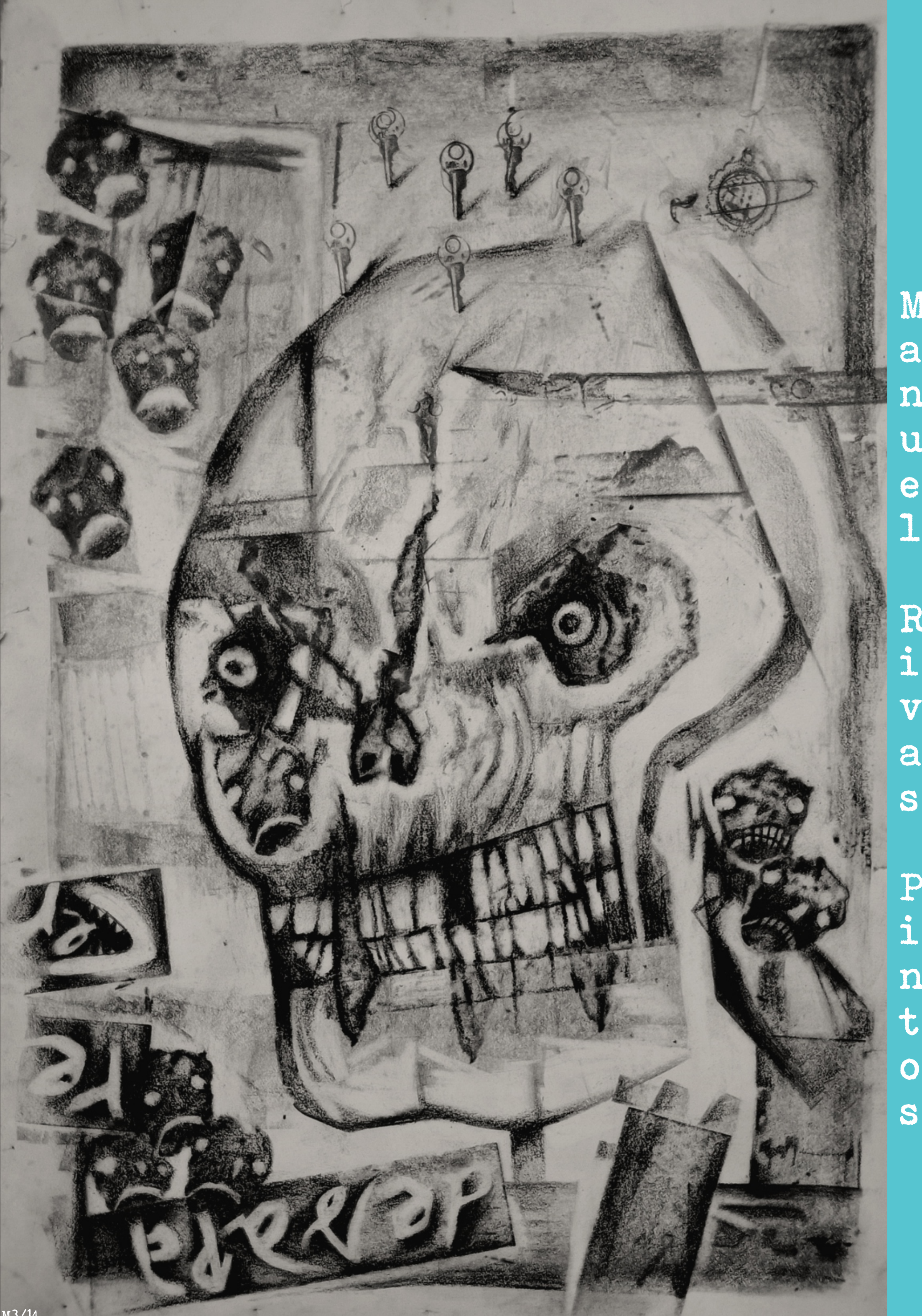


P
a
b
l
o

P
a
z

Emiliano Bellini





Manuel Rivas Pintos

AGUA

Por Fiona Fernández

Te escribo desde mi cama, Estanislao. No puedo ver bien porque no hay luz. Te escribo desde mi cama más alta, porque todo es agua y quiero que estés acá. Me acuerdo del día en el que nos vimos por primera vez, estoy segura de que vos también. Llevabas tu caja de herramientas roja llena de stickers de princesas, Estanislao. Así me enteré que tenías una hija. Me gusta que seas papá, te hace maduro. Mi colchón ya se empieza a mojar, parece una esponja de cocina. Yo también. Solo me queda una vela y mi gato se convirtió en pez. Me pregunto por los vecinos de abajo y por qué no vienen a buscarme; prefiero pensar que están de vacaciones y no que están muertos, me tranquiliza.

Sos una caja roja llena de sorpresas, Estanislao: el pantalón no se te cae. Sos especial, se te nota. Te confieso que varias veces desajusté los caños, apagué la caldera o inventé problemas que no existían nada más que para poder verte. Me dejé estar, te tendría que haber llamado cuando apenas empezó. Todo por no dejar mi orgullo de lado. Pasa que me cansé de ser la única que te busca y que me dejes colgada. Igual te perdono y sé que aunque esta carta no te llegue estás pensando en mí y vas a venir a buscarme.

Traé una balsa y un paraguas, aunque el agua venga de abajo, traélos igual. Traé un salvavidas, Estanislao. Traé tu guitarra, espero que

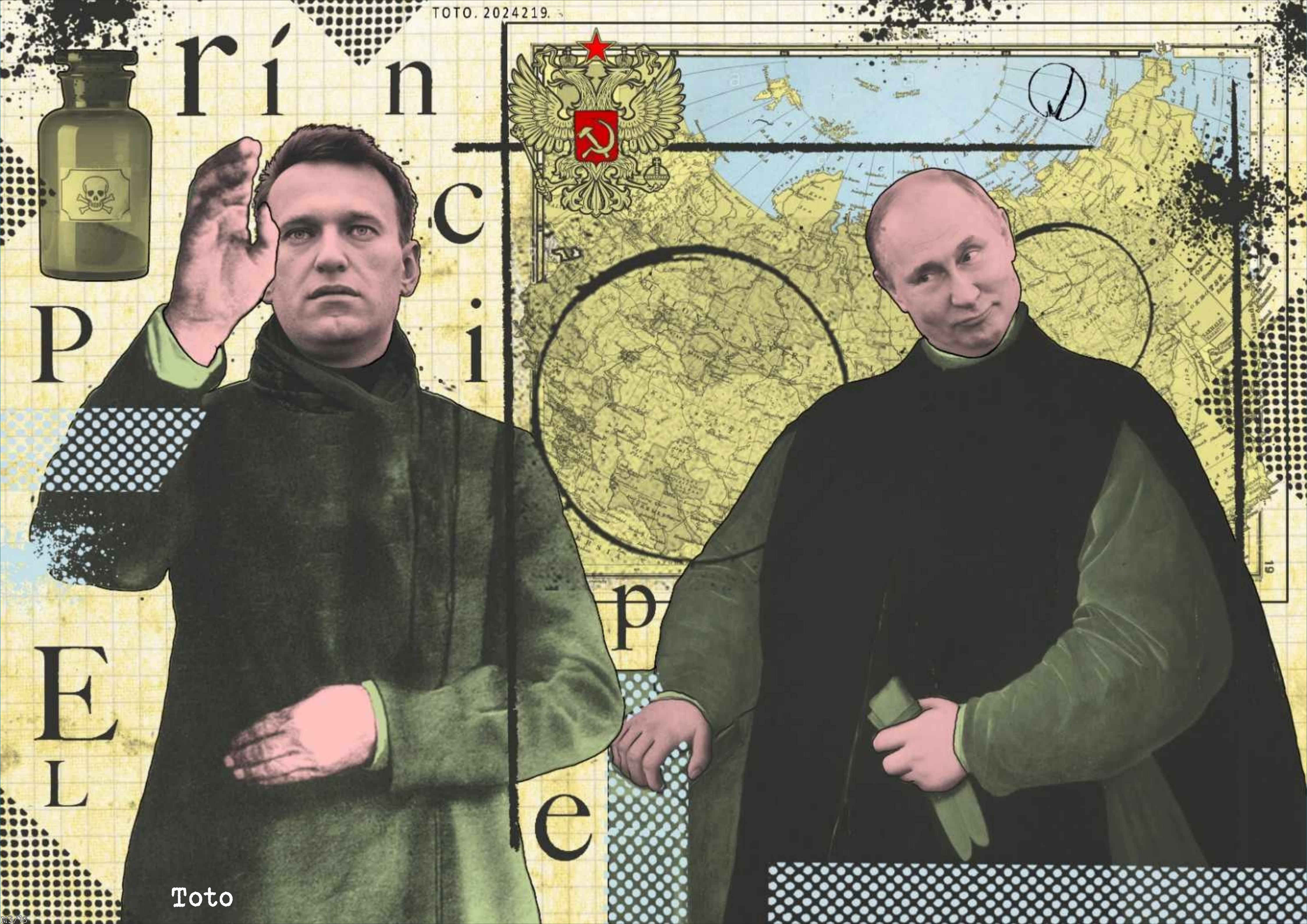
tengas una, porque yo toco muy bien y así la espera se hace más corta. Me siento un poco en el Titanic. Me río. Ojalá escuches mi risa y vengas. Vos sos mi salvavidas. ¿Viste? Hasta en los momentos más trágicos soy bastante romanticona.

El agua toca mi cadera, Estanislao, mi respiración se acelera y me acuerdo de tu voz llamándome "señorita". Te daba vergüenza llamarme por mi nombre, me daba cuenta porque, cuando te corregía, te sonrojabas. Me gusta cuando te pones nervioso, porque hablás muy rápido y te comés las eses. La segunda vez que nos vimos te pregunté por qué tenías tantas llaves y te tomaste el tiempo de nombrarme cada una y explicarme para qué servirán. La inglesa, la perico, la de presión... Depresión me da que no estés acá, Estanislao. Pero cierro los ojos y en vez de ver las lucecitas que aparecen cuando tenés el sol enfrente, veo tus ojos color aceituna que combinan con ese mameluco que trajiste la tercera vez que nos vimos para arreglar el desagüe. Mi cuerpo empieza a vibrar, está caliente y me refresca el agua subiendo. Soy toda humedad. El agua no está quieta, al contrario, se mueve y me dejo llevar con ella, como si estuviera en un barco o en el mar. ¿Te imaginás un viaje a la costa, Estanislao? Nosotros dos y tu nena. Ya nos visualizo. Ella está con una malla rosa de flores, haciendo castillos de arena con sus baldecitos nuevos de colores que le regalé yo, nosotros de la mano en la orilla la llamamos, nos agarra nuestras manos y, cuando llega una ola, la levantamos. Tenés gotitas de mar por toda la cara y el sol te pega en los ojos. Me mirás

la boca; te devuelvo la mirada pero más desafiante. Ya es de noche, Estanislao, dejamos a nuestra hija en la guardería del hotel para salir a comer algo. El restaurante está enfrente al mar y no hace nada de frío. ¿Vamos a meternos?, me decís. Tomamos mucho vino, me río y te digo que sí. Vos me desvestís a mí y yo a vos, nos miramos desnudos y nos unimos en un abrazo, me trepo a tu cuello y me rodeás con tus brazos gigantes. Corremos al mar que está muy tranquilo. No sabemos muy bien si estamos en el mar o en el mismísimo cielo: nuestro amor es tan fuerte que hacemos una burbuja y todo lo ajeno deja de existir. Tenés lágrimas en los ojos. Son de felicidad, me decís. Bailamos y nos besamos toda la madrugada. Me tocás cada milímetro de mi cuerpo. Tus besos son como la pieza musical mejor compuesta que escuché en mi vida, Estanislao; se me eriza la piel. El mar ya no está tranquilo, las olas no respiran ni un segundo e intentan taparnos; me escondo entre tus piernas para que no pierdas tu estabilidad, pero logro lo contrario; aguanto la respiración para que tu goce no termine.

El sol ya empieza a salir, pero todavía no tenés ganas de volver. Quiero guardar este momento para siempre: las olas me despeinan y vos no dejas de repetir lo hermosa que estoy. Te dejo entrar y lo hacés de la forma más dulce y delicada que existe. Grito tu nombre antes de que me tape el agua. Es tan... Estani. ¡Estanislao!

El sol ya salió, Estanislao. El sol. Ya.


TOTO. 2024219.
P rí n c i p e
E L
Toto

I
a
n

M
o
r
a


¡MALDITO ALGORITMO!
JUSTO VENÍAMOS HABLANDO DE LA CENA
TENGO HAMBRE
-IAN MORA-



Mauricio Giacomino

LA IGÜIÍA

POR DIEGO ARANDOJO
ILUSTRADA POR ESCARNIO TOLOSA

1.

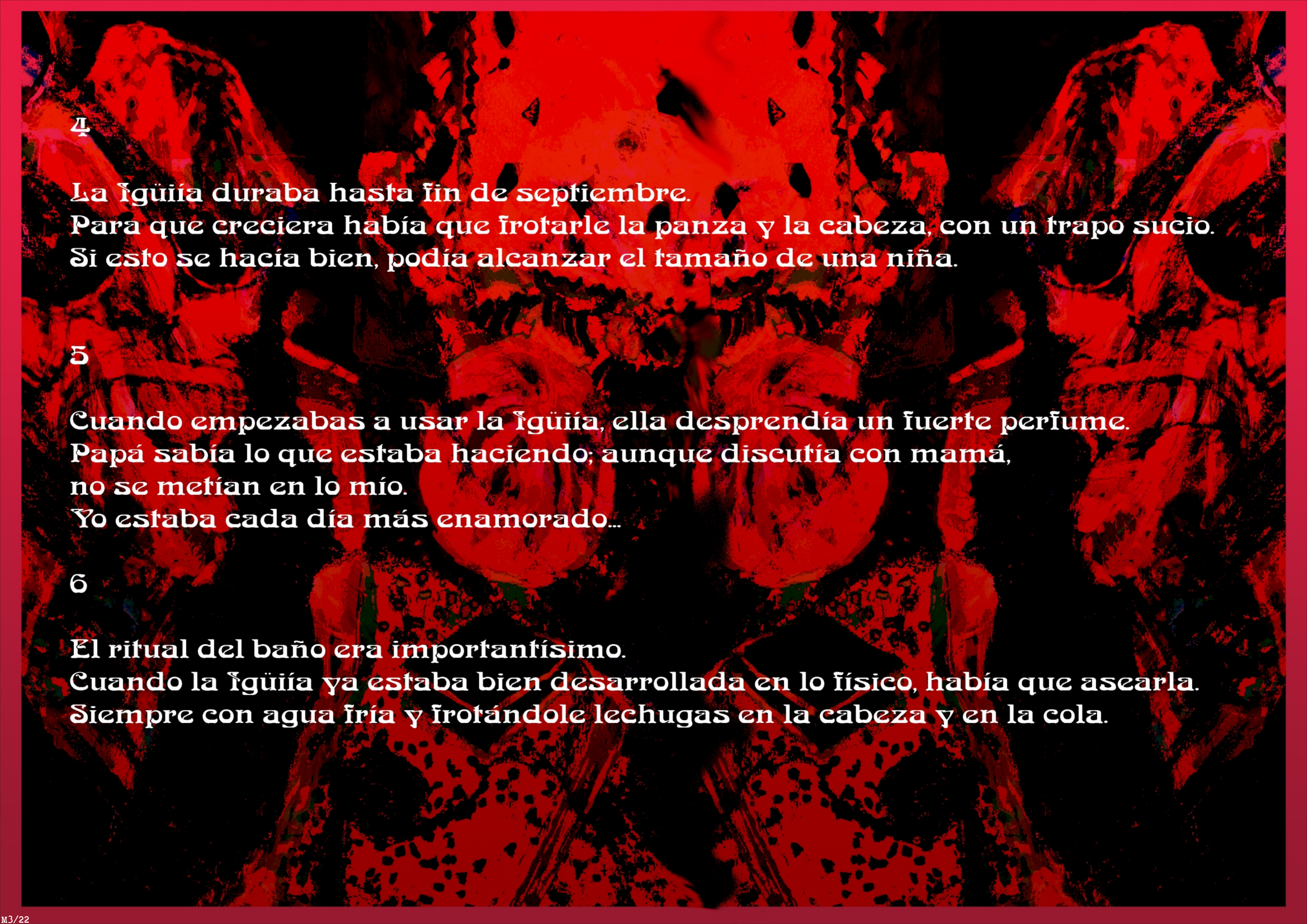
Mi rostro estaba repleto de horrendos lunares.
Por eso mi mamá me rechazaba y mi padre apenas me toleraba.
Mi única felicidad era cuando llegaba septiembre, porque podía plantar a la Igüiía.

2

En la primera noche del mes, fui hasta el baldío durante la madrugada.
Cavé un agujero y tiré tres cebollas y una pequeña lagartija moribunda.
Tapé todo y me puse a rezar el salmo sucio.

3

Una semana después regresé al baldío y hundí mis manos en el barro.
¡La Igüiía ya había nacido! Calentita y gordita, blanquísima y ojos pequeños en los pies.
La guardé en una bolsa de plástico y me fui, lo más contento.



4

La Igüiía duraba hasta fin de septiembre.
Para que creciera había que frotarle la panza y la cabeza, con un trapo sucio.
Si esto se hacía bien, podía alcanzar el tamaño de una niña.

5

Cuando empezabas a usar la Igüiía, ella desprendía un fuerte perfume.
Papá sabía lo que estaba haciendo; aunque discutía con mamá,
no se metían en lo mío.
Yo estaba cada día más enamorado...

6

El ritual del baño era importantísimo.
Cuando la Igüiía ya estaba bien desarrollada en lo físico, había que asearla.
Siempre con agua fría y frotándole lechugas en la cabeza y en la cola.

7

En la escuela de nuestro barrio pobre teníamos una maestra rica.
Una rubia hermosísima, petisa pero que alentaba nuestros deseos masculinos más furiosos.
Qué suerte que yo me descargaba con mi Igüiia, que era buena y nunca se quejaba.

8

Faltaba poco para que terminara septiembre.
La Igüiia ya estaba toda conformada; parecía una nena más del barrio.
"Como me gustaría que este amor durara para siempre", le decía cuando estábamos recostados en el catre, besándonos.

9

No sé qué pasó.
Pero mi Igüiia desapareció.
Sospeché de mi padre, que me vigilaba de a ratos; tal vez él se la llevó para usarla.

10

Maté a papá.
Porque lo encontré con mi Igüiía; yo tenía razón,
se la llevó a un rancho en las afueras.
Ahora voy a esconder su cuerpo y a pensar una buena coartada.

11

La última noche de septiembre llegó.
Gocé a la Igüiía sin asco; hicimos nuestras cosas durante largas horas...
Incluso llegué a romperle los dedos de la mano izquierda.

12

Volví al baldío, cavé el agujero y enterré a la Igüiía, que apenas respiraba.
Tapé todo, escupí tres veces y me fui.
Cuando llegué a casa había un patrullero en la puerta...
intenté huir pero me agarraron.

FIN


EL SALMO SUCIO
Igüiía mía.
Solo estoy.
En el camino de la vida.
Tráeme calor.
Tráeme frío.
Hasta que sol y la luna estallen.
Sé mía, yo seré tuyo.
M3/25



G R Mateo

Kiminoia



Nunca Mas

Walter Alarcón

AUBE SOMBRE

Por Pabluchi García

Mamá está muerta, tirada en el piso boca arriba, al lado de la cama. La lámpara de la mesita ilumina su cuerpo con su luz cálida. Viste el pijama transparente. No tiene corpiño, ni bombacha; la veo entera. Corro la mirada de esas tetas que me amamantaron desde que nací hasta la boca torcida del cadáver. Mamá, sostiene un lápiz labial. Tiene el puño cerrado, rígido. Hago más fuerza de la que pensaba para sacárselo. Escucho un grito y luego un golpe del otro lado de la habitación. Me acercó rápido a la puerta y miro por la ranura, veo como se escurre, una masa de carne se dirige hacia las escaleras del edificio. Pongo la mano en la manija, intento no hacer ruido, abro.

Las luces blancas parpadean, en el pasillo del quinto piso hay tres cuerpos desmembrados. Una familia, los Gómez; mamá, papá, el niño. Juanito. Lo conozco desde que nació, el hijo de nuestros vecinos. Ahora lo veo, ahí, tirado. Juanito tiene la cabeza separada del torso, las tripas afuera, los ojos inertes miran muertos la pared. Tengo que escapar del edificio. Hay dos salidas, el ascensor o la escalera. Paso por encima de los restos de la familia, intento no pisar la carne de los miembros mutilados esparcidos por el suelo. Evitar la sangre es imposible. Doy un paso y la siento espesa en la suela de mis

zapatillas. Pegajosa cuando avanzo. Siento nauseas, los Gómez huelen como las reses que cuelgan en la carnicería. No son vacas, no son corderos, no son gallinas. Son personas, pero el olor es el mismo. Tengo una arcada, la bilis sube por la garganta. Cierro la boca. Trago. El vómito es amargo y quema cuando baja por el esófago. Unas gotas, tan solo unas gotas pasan por la tráquea y es suficiente dolor para dejarme paralizado. Caigo encima de lo que queda de Juanito. Al levantarme toco el muslo sin pierna. Todavía está caliente.

Aprieto el botón del ascensor, escucho como la máquina se mueve. Está subiendo. Espero, escucho. La paciencia no funciona, me arranco un pedazo de uña del pulgar con los dientes. Veo el visor del ascensor, marca el segundo piso. Espero. Muerdo la yema del dedo. Cuando el ascensor llega al tercero escucho un grito que viene del piso de arriba. Escupo un pedazo de piel. Cuarto piso. La rubia del sexto C baja corriendo las escaleras. El ascensor llega al quinto. Se abre la puerta, entro, aprieto para ir a la planta baja y oprimo el botón de cierre repetidas veces. Detrás de la rubia sexto C, viene esa cosa reptando por la pared. La puerta del ascensor empieza a cerrarse. La rubia estira el brazo para intentar entrar. Le pego una patada en el estómago para correrla hacia atrás. Antes del cierre veo como esa cosa abre su boca, salta y le clava los dientes largos en el cuello. Queda tan solo una ranura para observar, agarra el brazo con sus dedos largos y lo arranca. La puerta se cierra. El ascensor empieza a

bajar. Llega a la planta baja. Tengo la salida del edificio a cinco metros. Camino dando pasos largos, rápidos, casi al trote. Meto la mano en el bolsillo, toco las llaves y, también, el lápiz labial. Aube Sombre. Todo esto es mi culpa.

Salgo y respiro una bocanada de aire fresco. Vuelvo la mirada hacia atrás, esa cosa salta hasta el poste de luz, arranca la cabina eléctrica de una mordida. Veo un destello y, luego, la explosión. La ciudad queda a oscuras. Esa cosa extiende los brazos a la noche, sombras vibrantes se crean entre las chispas que caen. La cosa salta hacia la vereda, las piernas largas se le quiebran al tocar las baldosas. Hacen un crujido horrendo, chilla y luego se levanta. Las luces de los autos que pasan por la avenida me permiten ver algunos retazos de esa deformidad. Tiene el cuerpo largo y delegado, sin pelo ni piel, todo carne y hueso. No tiene ojos, nariz, ni labios. Los dientes puntiagudos sobrecruzan una mandíbula ancha. Abre la boca y babea. Doy un paso hacia la avenida, luego otro y otro. Los coches siguen su camino. No me importa que me atropellen. Corro.

Todo empezó hoy a las seis de la mañana mientras esperaba el subte. La estación Dorrego estaba vacía, silenciosa. La cartelera marcaba que el subte iba a llegar en cinco minutos. Escuché estornudos detrás. El hombre pasó por mi lado y rozamos hombro con hombro. Metí la mano en su bolsillo y saqué lo que tenía. Siguió su camino hasta

acercarse al límite del andén. Dio la vuelta, me miró directo a los ojos. La estación comenzó a vibrar, el subte llegaba, él se tiró a las vías. Las luces del andén se apagaron cuando sonó el chirrido del freno. A oscuras, una mano caliente y pegajosa me tocó el tobillo. Salí corriendo.

Volví al edificio, tenía la respiración agitada, me fijé lo que había robado. Un lápiz labial, *Aube Sombre*, estaba escrito en dorado sobre el fondo negro del mango. *Aube Sombre*, no conocía esa marca. Saqué la tapa y giré para sacar el lápiz afuera. El olor me cautivó y la punta era perfecta, de un color carmesí tan potente que no podía dejarlo pasar. Brillaba.

Me pinté los labios y entré al departamento. Mamá me preguntó por qué no había ido a trabajar, le contesté con un regalo y un beso en la frente, marcándola. Le di el *Aube Sombre*, mamá tenía el mejor lápiz labial que había visto en su vida. Estaba contenta, esa fue su última sonrisa. Yo fui a hacer plata en la calle metiendo mano a desprevenidos.

Al segundo robo las manos comenzaron a temblarme. Casi me agarran en la estación Constitución cuando abría una cartera con la navaja. El dolor de cabeza era insoportable. Todo el tiempo escuchaba un sonido, dientes partiéndose. Cada vez que cerraba los ojos veía una

masa de carne formando un cuerpo como si fuera una plastilina sanguinolenta. Pies, piernas, torso, brazos, manos.

Estamos en la plaza. Tengo el *Aube Sombre* en la mano, abierto, preparado. Me vuelvo a pintar los labios. Quiero que me bese, que me coma, que termine con esto. Su rostro enorme, sin ojos ni nariz, se acerca caminando en cuatro patas. La columna deforme le sobresale con un hueso que atraviesa la piel. Estamos cara a cara. Abre la boca, una lengua flácida cuelga entre los dientes filosos, danza se corta sola y sangra. La tierra absorbe la sangre agradecida. Me acerco sin miedo. Lo acaricio. Le faltan ojos, los pinto con el lápiz labial. Esto es arte, esto es arte, ahora lo entiendo. Dos círculos. Los ojos salen grandes como su cabeza, dos cuencos negros con pupilas azules flotantes. Ahora sí puede verme. Hay felicidad en su rostro deforme. Felicidad. Voy a morir, pero no importa porque tiene que cumplir su propósito; terminar de formarse. Abre la boca grande, la mandíbula cae estirada y se mueve como un péndulo de izquierda a derecha. Habla gorgojando. Yo no puedo completarlo, ni seguir ese camino, ya hice mi trazo. Lo beso. Quiere tener piel.

Compré un revolver por cien dólares. Voy a la comisaría, me pongo el arma en la sien. Pase lo que pase ahora es tema de ellos. El lápiz labial está en el bolsillo. Aprieto el gatillo.



Fabián Arnaldi

Pablo Paz

Tinta Cruel



VECINOS

Por Fiona Fernández

En casa no tengo televisión, nunca tuve; me gusta más escuchar a mis vecinos de al lado. Su departamento es tan chico como el mío y ya encontré el rincón donde se puede escuchar todo en profundidad, como si estuviera ahí, con ellos. Así que instalé ahí mi silla más cómoda con mi set de mate.

Al señor y a la señora los vi un par de veces en el ascensor, aunque él en ocasiones usa la escalera porque está gordo. En abril tuvo un problema en el corazón, me enteré porque vino el SAME y por el llanto de la señora. Me partió el alma, me acuerdo de llorar apoyada en la pared con mi taza de té verde en la mano.

Hace poco hice un mapa de cómo me imaginaba su departamento: azulejos azules y paredes tapizadas con margaritas.Tienen un reloj que hace ruido de pajarito cuando está en punto, está en la cocina al lado de la puerta porque el sonido llega limpio. Ella, seguro, tiene un juego de té viejo y caro, bien completo, desde la tetera y las tazas hasta las cucharitas y los cuchillitos para untar las tostadas. Igual tiene pinta de comer bay biscuit en vez de tostadas. Tienen humedad porque me empezó a salir una mancha en la pared del baño que compartimos. También sé que hay olor a encierro, escuché que a él lo marean los sahumerios y no deja que la señora los prendra.

Anoche no me dejaron dormir, parece que el señor y la señora tuvieron una noche apasionada. Ella gime mucho y él habla bajito pero no le llegué a entender, son bastantes inquietos, no permanecían mucho tiempo en una misma posición. Gemidos. En un momento hicieron vibrar todo: tengo un cuadro en la pared que se balanceaba de lado a lado. Gemidos.

Un poco me excitó.

Él trabaja por las mañanas, es abogado de divorcios. Ella, en cambio, no hace nada: los jueves a las once y diez baja a la verdulería de la esquina a comprar. Cada tanto, me la cruzo; lleva esos anteojos culo de botella (que, si me preguntás, no le favorecen en nada), su pañuelo floreado en la cabeza y su infaltable labial marrón. Tarda veinte minutos en comprar y cinco en caminar y subir hasta acá.

Así que el segundo jueves del mes, me decidí a cruzar el balcón. Estaba muy nerviosa, pero me agarré fuerte de la baranda y lo logré. Lo más difícil fue el salto, pero de chica era la mejor jugando al quemado, así que lo resolví bien.

Lo primero que vi fueron unas seis o siete macetas con distintas plantas. Habían hortensias, claveles, tulipanes y aloe vera; lo sé porque después me compré un libro de botánica para poder conocerlos mejor. En una esquina, bien escondido, había un cenicero de cerámica con colillas de cigarrillos. Siempre pensé que el que fumaba era él,

pero el labial marrón en el filtro delató a la señora. Ropa interior de él secándose al sol, colgada en un ténder. El ventanal, como suponía, estaba cerrado, pero pude ver bien todo tras el vidrio. En el living hay dos sillones individuales color carmesí rodeando una mesita ratona. Arriba de esta, un mazo de cartas de póquer, un cenicero de plata con un habano a medio fumar (entonces él también fuma, no estaba equivocada), el diario Clarín y, casi en el borde, una copa de vino ya vacía. Las paredes, como suponía, estaban tapizadas con flores. Muy antiguo todo. En una silla colgaba una bata azul cobalto de mujer. Atrás, pegada contra la pared, una gran biblioteca de madera. De la mano derecha está la cocina. Es igualita a la mía, pero sin puerta. Pude ver unos platos sin lavar y algunos ñoquis pegados en la mesada. Ella hace pastas caseras con salsa de champiñones, siempre inunda de olor todo el piso.

Me sorprendió no ver ninguna foto: hay un chico de mi edad que almuerza con los señores una vez por mes, siempre pensé que era el hijo, pero desde entonces lo dudo.

Ahora me siento y escucho. El señor grita y rompe cosas, ella está callada, pero sé que está ahí. Golpe. Me pregunto qué le estará tirando. ¿Será él cenicero que vi el otro día? No, es muy chico para hacer ese ruido. Golpe. Seguro que fue una maceta, ojalá no haya sido el aloe vera con lo que cuesta que crezca. Él está enojado y me desespera no saber por qué. Abren la ducha. Cierro los ojos y veo todo: ella está sucia, llena de tierra. Ahora el señor me da un poco de

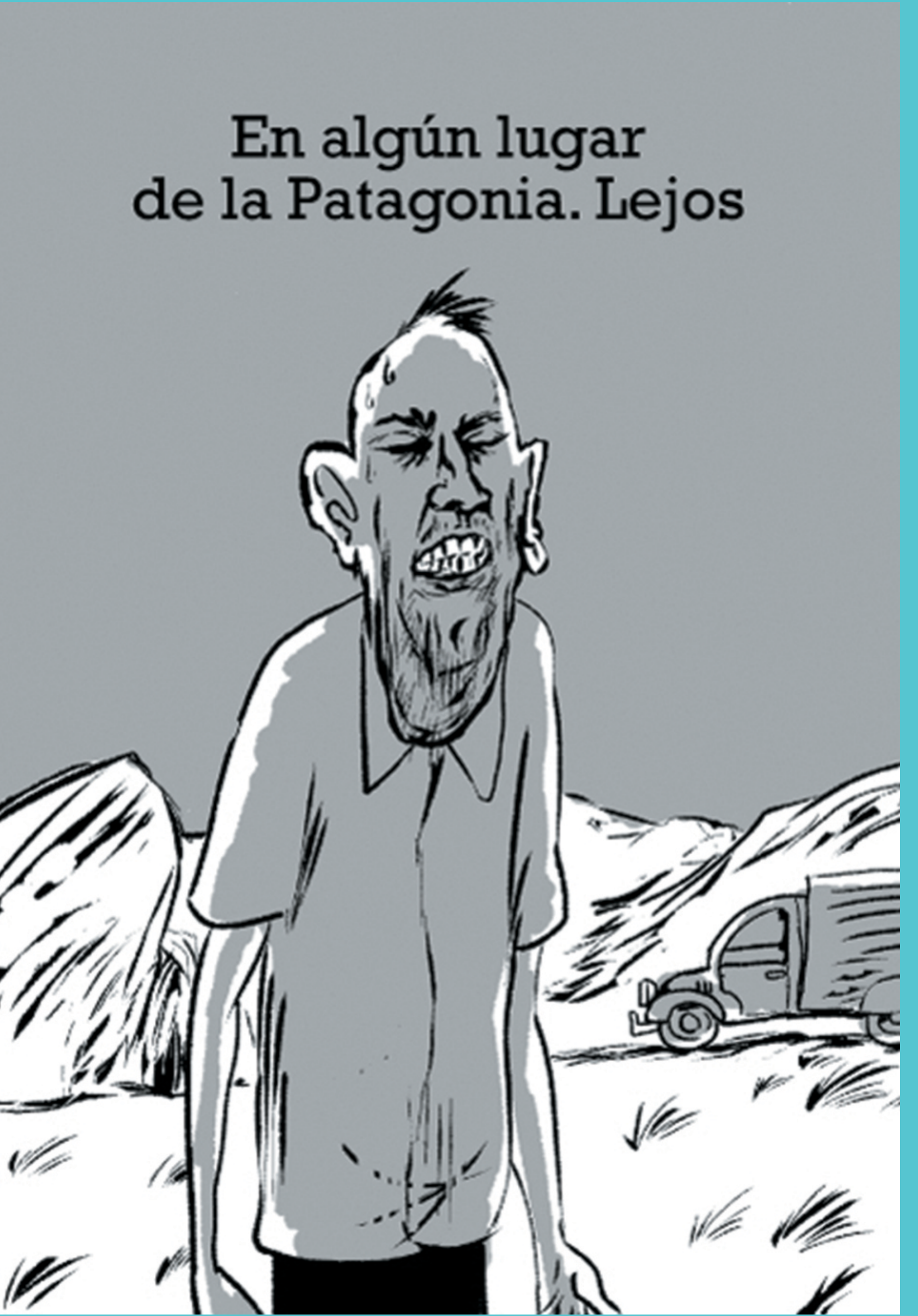
miedo. Silencio. Solo se escucha el agua cayendo. Tengo ganas de hacer pis, pero me lo aguanto, no me quiero perder nada. Un portazo. Fue la puerta de salida porque retumbó en mi entrada. Salgo al balcón rápido y veo al señor irse. Me pongo la campera, las zapatillas y lo sigo. Corro mucho pero cuando llegó a la esquina no lo veo más. Me siento perdida así que vuelvo a casa, cruzo a su balcón. Esta vez el ventanal quedó abierto. Me hago pis. Entro cuidadosamente sin tocar nada y haciendo el mínimo ruido posible. Voy directo al baño, en el pasillo me encuentro la maceta del aloe vera rota, y al llegar la veo ahí, en la bañera, muerta. Me siento rápido en el inodoro, sale el chorro acompañado de un suspiro. Qué alivio, no daba más. La miro, todavía tiene un poco de tierra en la cara. Le dejó con los ojos abiertos a la pobre. Busco papel higiénico y lo uso como guante para cerrarlos.

Me estoy yendo, pero me gana la curiosidad y reviso los cajones. Encuentro el labial marrón y me pinto un poco. Me siento sucia, quiero volver a casa. Estoy algo contenta, me alegra saber que tenía razón. Desarrollé un talento: qué perceptiva soy.

Ahora solo quiero que el señor vuelva a casa. Podría limpiar este desorden y cocinarle unos ñoquis con una salsita de champis que me sale espectacular. Capaz, esconder el cuerpo en mi casa y yo mudarme con él, podría ayudarlo a sacar la ropa del armario, ver qué me quedo y qué dono a caridad.

SUEÑO Nº 84009

Soñé que estaba perdido



Fantoni

Unos animalitos diabólicos se juntaban unos metros adelante

No me daban miedo ni esa liebre ni ese guanaco con cara de...

Pero esas vívoras...

Hablé con D.

Ella dijo:

"Vos los trajiste con tu pensamiento."

¿?

"Con tu pensamiento los tenés que echar.

Calmado."





POF!

Parece que si, che

FALSO JESUS

Iba a contar mi sueño
pero ahí estaba E.
contando que...

estando en Francia se gastó un
sueldo de acá en una tarde

Me desperté. 04.00 AM
Se había apagado
el ventilador...

Hasta otra.



Juan Manuel Menéndez + Manuel Rivas Pintos



Manuel Rivas Pintos + Marcela Nigro

PERÓN

PHERÓN

Dearand + Juan Manuel Menéndez


Dearand



Fabián Arnaldi

ANGELITO

Por Marcelo Gobbo

Con tus dientes que son 'fileres pa' pinchá
Eliseo Grenet, *Belén*

Son las tres de la mañana. Estoy exhausta. Tengo que levantarme, ir al baño.

Ya no doy más. Dios debe existir nomás porque, si así no fuera, yo no sabría de dónde sacar fuerzas. Si no, me sería imposible salir de la cama, caminar hasta la puerta, ir a comprar comida y pañales, regresar a lavar los utensilios y hervir las mamaderas, a alzarlo, a jugar con él. Pero no sé cuánto tiempo más voy a poder hacerlo. Para colmo, nos estamos comiendo todos los ahorros.

Es hermoso. Tiene un año ya. O sea: hace un año que no dormimos. Bueno, en realidad, que yo no duermo, porque a Horacio lo internaron anteayer y desde que se lo llevó la ambulancia hasta hoy no se despertó. Pobre, él tampoco daba más, pero es hombre y los hombres flaquean antes. Es cierto, él, encima, tenía que ir a trabajar. Por eso lo despidieron. Porque se quedó dormido en la caja, frente a una fila de veinte personas, más o menos.

Fue el diez del mes pasado. Bastante aguantó, pobre. Pero aquella noche Angelito no nos había dejado pegar un ojo y a Horacio se le acabó la cuerda. El gerente ya se lo había advertido dos veces. Y

aunque todos sus compañeros estaban al tanto de nuestro problema, la tercera fue la vencida y lo despidieron. Así nomás. Con indemnización, por suerte, pero habrá que ver hasta cuándo nos dura esa plata.

Porque desde que Angelito cortó dientes no deja de comer. Al principio era teta a toda hora. Después, cuando adelgacé tanto que la doctora me obligó a darle mamadera, siguió al mismo ritmo. Me dio pena: yo quería seguir amamantándolo, pero de todas formas a mí se me estaba acabando la leche. Y al cuarto mes empezaron a aparecerle los dientes. Blanquísimos, filosos. Le salieron de a varios cada mes; ahora está con los molares.

Lo raro es que no engorda. Mantiene el peso adecuado y tal vez por eso la pediatra me mira incrédula cuando yo le cuento que cada sesenta minutos exactos pide comida a gritos.

A gritos, sí, nada de llanto: gritos agudos, penetrantes y persistentes, más próximos a la orden que a la súplica. Sus gritos suenan más a amenaza que a demanda, por extraño que parezca. Y los gritos de hambre no se parecen en nada a los de la dentición, que suenan desgarradores; parecen brotar de la suma de todos los dolores y nos despiertan un rarísimo sentimiento de culpa por haberlo obligado a venir a este mundo, donde los niños sufren a causa de los dientes que les cortan las encías.

Ni siquiera cuando despidieron a mi marido la pediatra tomó en serio

lo que le decíamos. Se limita a repetirnos: "Disfruten, tienen un bebé precioso y saludable". Y Angelito le sonríe a la doctora, mostrándole los dientes, como si entendiera el cumplido y lo agradeciera. Y ella lo alza, le dice "¡upa, bebé!" y le devuelve la sonrisa. Y cada vez que abandonamos el consultorio, Horacio gruñe, en voz baja: "Se nota que no tenés un pibe". Porque la pediatra es jovencita, soltera y no tiene hijos. Hasta hace quince días era la única que atendía en el pueblo.

La semana pasada llevamos a Angelito a otro médico, uno nuevo, que es pediatra y hematólogo, y nos mandó a que le hiciéramos unos estudios. Para pedir otra opinión, como se aconseja.

Porque nosotros acá estamos solos: nuestros padres viven en Buenos Aires, a casi dos mil kilómetros. Yo ya estaba embarazada cuando me trasladaron. A este pueblo llegamos por mi trabajo y no logramos hacer amistades. Son muy cerrados. No tenemos a nadie con quien hablarlo. Bueno, Horacio sí, pero nadie le contesta nada: lo miran, alzan las cejas, arquean los labios y nada más; suponemos que lo escuchan por esas expresiones y porque a veces le dan una palmada en el hombro. Quizá cuando Angelito empiece a ir al jardín maternal sea distinto. Pero por ahora...

Es cierto, podríamos habernos vuelto a Buenos Aires cuando se me terminó la licencia y no pude volver al trabajo por todo esto. Pero pensamos que era cuestión de tiempo, que pronto Angelito comería como un bebé normal y podríamos dormir como todo el mundo.

Pero no fue así.

Hora tras hora hay que darle algo de comer; si no, se pone terrible. Al principio se nos hacía más duro por las noches, pero a esta altura ya nos es imposible distinguir el día de la noche y a veces cabeceamos sobre las ollas o, peor, sobre las hornallas encendidas. De ahí, lo de anteayer.

Fue a medianoche. El pobre Horacio se quedó dormido preparándole el puré de zapallo. Primero, se cortó un dedo al picar la verdura. Después, prendió la hornalla y se desplomó contra la cocina. Además de hacerse un tajo en la frente se le prendió fuego el pelo. Tiene quemaduras de segundo grado. Menos mal que la ambulancia llegó pronto.

Pero estos dos días sola me están matando.

Ayer, por ejemplo, cuando volvimos del hospital, no hicimos más que bajar del ómnibus y Angelito se puso a gritar pidiendo comida. Con él gritando en brazos, corrí doscientos metros hasta la casa. Entramos y lo senté en la alfombra para poder ir a la cocina y cortar un trozo de pan para calmarlo, pero el pan se había terminado. Busqué en la heladera un resto de cualquier cosa y di con un pedazo de queso fresco que había sobrado del mediodía. Al cerrar la puerta de la heladera me percaté de que aún no me había quitado el abrigo y que Angelito había dejado de gritar. Cuando fui a entregarle el pedazo de queso, lo encontré masticando un cubo de plástico, uno de ese juego

de encastre con el que se entretiene a veces. Con solo mostrarle el queso logré que dejara el cubo, pero me mordió cuando con los dedos tuve que arrancarle los trozos de plástico que le quedaban dentro de la boca. Todavía tengo en el índice la marca de la hendidura.

U hoy por la tarde. Habíamos vuelto caminando de hacer las comprar. Durante el trayecto, que deben ser unos setecientos metros, Angelito se comió una manzana y medio paquete de galletitas de agua. De vuelta en casa, nos acostamos a dormir una siesta. Cuando me desperté, Angelito estaba mordiendo una esquina del armario del dormitorio. Ahí están las marcas de los dientes en la madera. Furiosa, lo alcé y lo llevé conmigo hasta la cocina y me puse a hacerle un churrasco. Al sacar la carne de la heladera para ponerla sobre la plancha, Angelito soltó al aire un mordisco y se cayó, golpeándose la frente contra el bajo mesada. Fueron unos minutos caóticos en que deseé con todas mis fuerzas que el mundo se detuviera y yo dejara de existir: Angelito gritando y llorando, yo poniéndole hielo en la frente, Angelito golpeándome en la cara con los pies y los brazos, la carne quemándose en la plancha, unos perros ladrando en la calle... El barullo se detuvo abruptamente cuando, harta de todo, tomé el churrasco con la mano y le metí a Angelito un extremo de carne en la boca, así nomás, sin cortarlo, como hacían los cavernícolas. Sostuve el churrasco hasta que Angelito terminó de devorarlo. Luego soltó un eructo y sonrió, feliz y satisfecho. Yo me había quemado los dedos, por supuesto, pero, curiosamente, Angelito no se había quemado la lengua.

Ahora, al menos, logré dormir a Angelito nada más que con un yogurt y me acosté a su lado con la esperanza de descansar más de una hora. Mañana tengo que ir a retirar los resultados de los estudios. Si me quedan fuerzas y Angelito aguanta un rato más sin comer, de allí voy a ir a verlo a Horacio. Ojalá lo encuentre despierto.

Estoy exhausta. Ya son las tres de la mañana, la vejiga me estalla y no tengo fuerzas ni para ir al baño.

Siento el cálido líquido escurriéndoseme entre las piernas. Siento alivio y la humedad se me pega al pantalón y a la remera. Siento que la orina empapa la sábana y la huelo, rancia, ácida, pero apenas logra humillarme: no puedo moverme, ni siquiera puedo abrir los ojos. Escucho: un automóvil que avanza por la ruta cercana y se pierde en la noche. Unos ladridos, lejanos, casi inaudibles. El viento que sacude las copas de los árboles del terreno aledaño. Los teros, allí, en el patio. El freno de aire de un camión. Otra vez, el viento. Silencio. Ya no siento nada. Silencio. No siento. Duermo. Por fin, me duermo.

Vuelvo a abrir los ojos. La luz se filtra por las ventanas del dormitorio. No puedo creerlo: está amaneciendo y Angelito no está llorando, gritando, exigiendo. Sigo casi dormida. Alzo el brazo para ver qué hora es en el reloj que Horacio me regaló para el día de la madre.

Y entonces lo veo a Angelito con la boca hundida en mi antebrazo y las mejillas ensangrentadas. Sacudo el brazo y Angelito cae de espaldas sobre la cama. Siento el ardor, primero; luego, el dolor; recién después noto que eso extraño que asoma es hueso.

A mi lado, Angelito mastica, traga y sonríe.


QUÉ MAL ESTAMOS...
A LOS JUBILADOS QUE REPRIMIMOS
NO LES ALCANZA PARA COMPRAR
LOS DESINFLAMATORIOS
IAN MORA

Ian Mora


Valentín Pigni



Piero Pierini

EL AGENTE K Y VAMPIRA
(TERCERA PARTE)
Por Julieta Manterola

6. Efecto

.

No respondí ningún mensaje, pero los escuché todos varias veces.
Me gustaba su voz. Era la típica voz de un fumador, un poco áspera, pero también dulce.
Me gustaba escuchar el sonido del encendedor cuando prendía el cigarrillo. Lo imaginaba con los ojos entrecerrados mientras acercaba el cigarrillo a su boca para darle una pitada. Y después lo imaginaba levantando un poco la cabeza, como mirando al techo, cuando largaba el humo. Fumar me parece un hábito desagradable. Pero no podía evitar que esos sonidos y movimientos me resultaran atractivos.
Tampoco pude evitar masturbarme después de recibir su tercer mensaje. La forma en la que decía "eso quiero" me calentaba y me enternecía al mismo tiempo. El tono no era imperativo, sino más bien suplicante. No era una orden. Era un pedido.
La primera vez que lo escuché me hizo mojar. Fui a mi habitación y me acosté en la cama. Volví a escucharlo varias veces con el celular pegado a mi oreja. Hasta que no pude más. Dejé el celular a un costado y me tapé con las frazadas. Metí una mano dentro de la bombacha y empecé a acariciarme. Los dedos resbalaban sin problemas. Con el dedo índice y el pulgar de la otra mano, me apretaba los pezones, como

si K me estuviera chupando las tetas. En mi mente, reproducía la escena que me describía en el audio, pero también imaginaba otras que quería probar con él. Acabé a los pocos minutos. De hecho, tuve que retrasar el momento del orgasmo para no acabar tan rápido y disfrutarlo más.

.

7. Monstruos

.

K no tenía solamente una cicatriz en la frente. También tenía otra en la espalda. Pero la de la espalda era mucho peor. Era un surco que le recorría toda la columna vertebral, desde la base del cuello hasta la cintura. Realmente daba impresión no solo a la vista, sino también al tacto. Los bordes externos eran gruesos y de color oscuro, pero en el centro la piel era rojiza y tirante. Le pregunté qué le había pasado. Me dijo que lo habían operado de chico para corregirle unos defectos en las vértebras. Le creí solo en parte. Pero no pregunté más.

Estaba segura de que la intuición que había tenido la primera vez era correcta. El interés de K por los monstruos (por cazarlos y matarlos) se debía al hecho de que él era uno. O de que pudo haberlo sido. Las marcas que tenía en el cuerpo eran el resultado de los procedimientos que le habían realizado para mantenerlo humano. La cicatriz de la frente me parecía el signo más obvio.

Antes de mí, K nunca había visto a un vampiro, aunque, por lo que él sabía, en los archivos de la Organización, había documentados algunos casos de vampiros reales. Yo le dije que, salvo por mi creador, tampoco había visto a ninguno. Me pregunté si su nombre estaría en los registros. Omití contarle nada sobre Martín. A Martín

lo había creado yo y sentía la obligación (o tal vez el deseo) de guardar en secreto su existencia. Además, si bien confiaba en K, tampoco quería darle información ni corroborar (o refutar) sus ideas.
Pasamos todo el día y toda la noche juntos. Cogimos, salimos a caminar y dormimos. Después del mediodía, se fue a su casa. Vivía en la provincia de Buenos Aires, al norte de la capital. La Organización le proporcionaba a cada uno de sus agentes una vivienda, aunque prácticamente no la usaban porque siempre estaban trasladándose. A la tarde, tenía que ir a buscar el auto al taller mecánico y, a la mañana siguiente, regresar a la ciudad de Córdoba.
Ninguno de los dos dijo nada, pero sabíamos que no íbamos a volver a encontrarnos.

Adam Arandojo Leanza



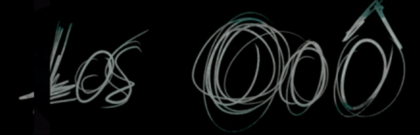
Tinta Cruel

Fabián Arnaldi



M3/65

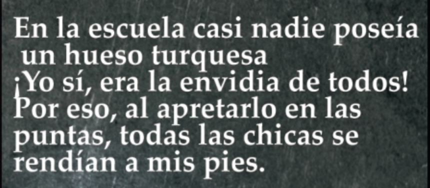






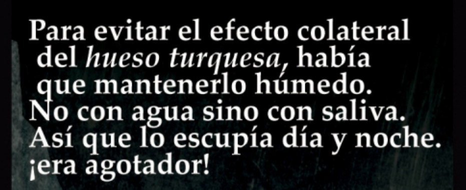
Cada vez que mi padre me golpeaba con su bastón, me salía un Ooô en el codo izquierdo.
Parecía un simple hinchazón, pero era más que eso.
Crecía durante tres días hasta que se abría y liberaba el *hueso turquesa*.



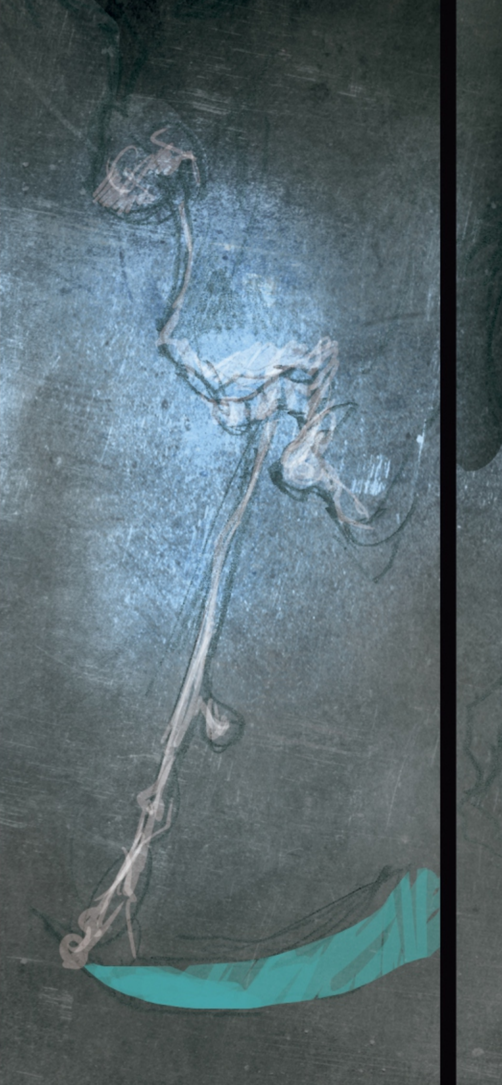


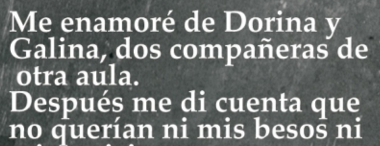
En la escuela casi nadie poseía un hueso turquesa
¡Yo sí, era la envidia de todos!
Por eso, al apretarlo en las puntas, todas las chicas se rendían a mis pies.



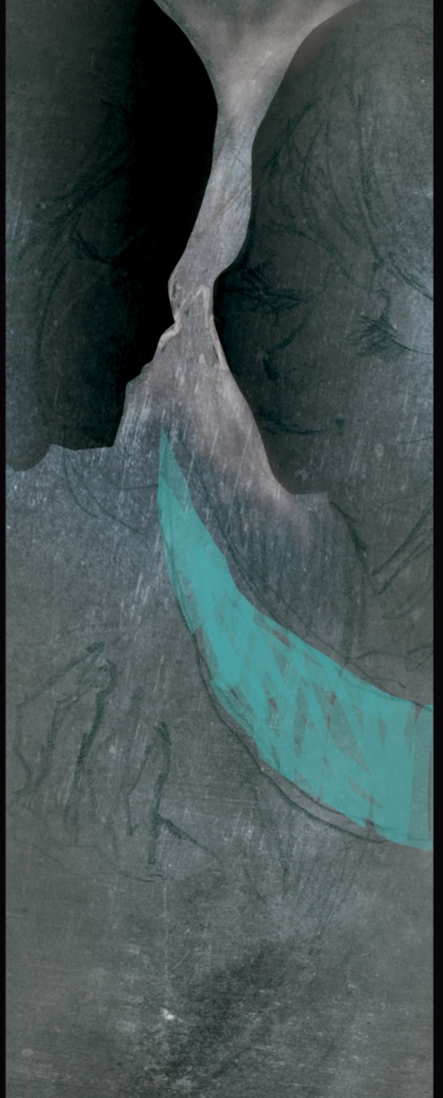


Para evitar el efecto colateral del *hueso turquesa*, había que mantenerlo húmedo.
No con agua sino con saliva.
Así que lo escupía día y noche.
¡era agotador!



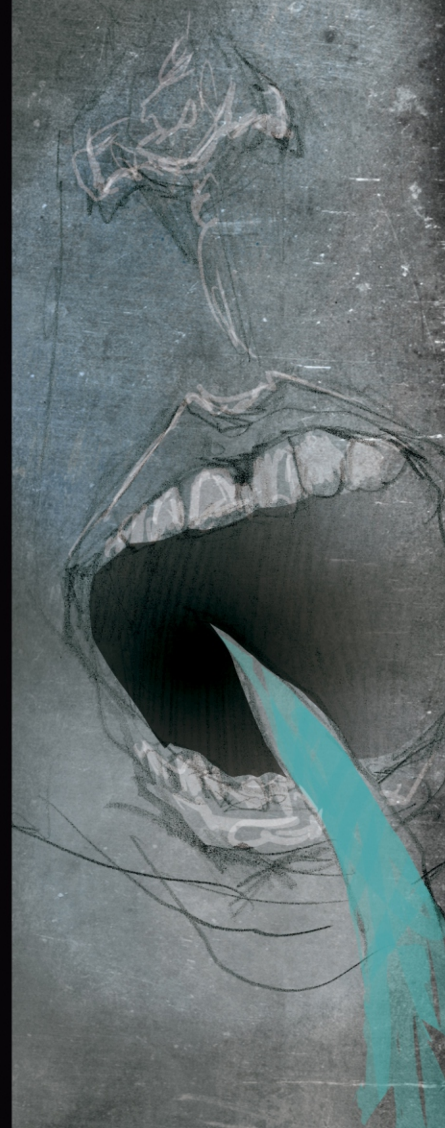


Me enamoré de Dorina y Galina, dos compañeras de otra aula.
Después me di cuenta que no querían ni mis besos ni mis caricias.
Ellas solo querían tocar el *hueso turquesa*.



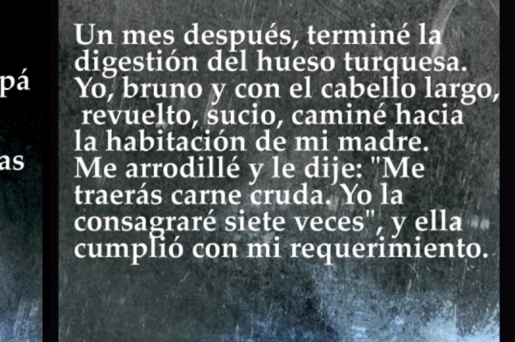


El rito era específico: exigía la entrega total del sujeto.
Mis pensamientos se tornaron tristes, feos, devastadores...
Entonces tragué el *hueso turquesa*.



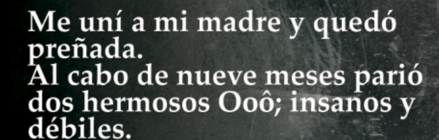


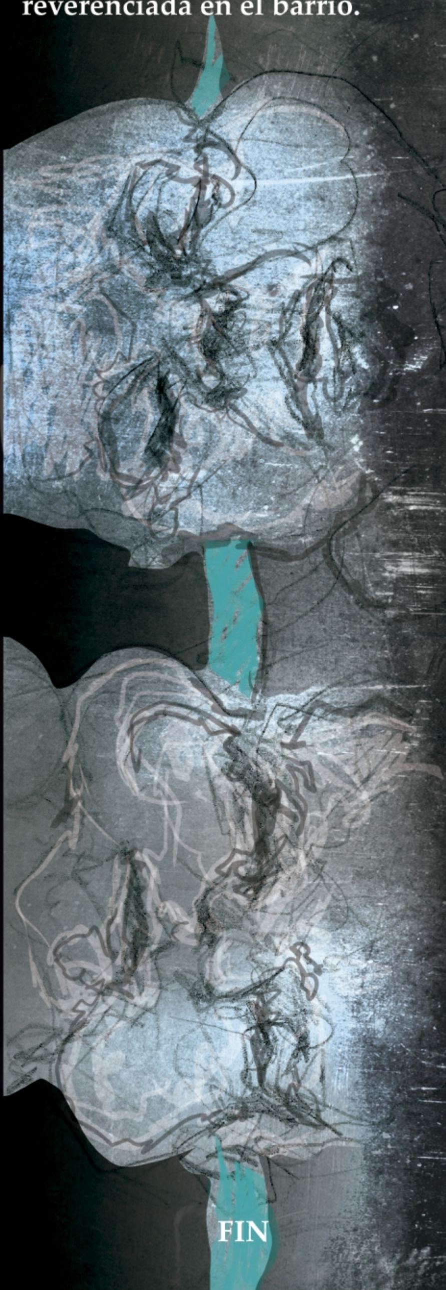
Fueron días de llanto y desolación.
Mamá intentó ahorcarse; papá se tiró un tiro, con buena suerte.
Yo seguía delirando, mientras mi piel se ponía cetrina.



Ya no necesitaba salir al exterior, ni tener contacto con terceros.
Dentro de mí latía el hueso turquesa; yo era un Ooô.
Me salieron astas en la espalda y mis pies se redujeron a muñones.







Participaron con textos e ilustraciones los y las siguientes delincuentes:
Marcelo Mosqueira (portada) /Hernán Tenorio / Rodrigo Fiotto / Juan Sirro /
Manuel Rivas Pintos / Lorena Pinasco / Valentín Pigni / Gabriel Juárez /
Pablo Katzin (Fritz Sol) / Pablo Paz / Emiliano Bellini / Fiona Fernández / Toto /
Ian Mora / Mauricio Giacomino / Oscar Grillo, bajo mote Escarnio Tolosa /
GR Mateo / Kiminoia / Walter Alarcón / Pabluchi García / Fabián Arnaldi /
Tinta Cruel / Jorge Fantoni / Juan Manuel Menéndez / Marcela Nigro / Dearand /
Marcelo Gobbo / Piero Pierini / Julieta Manterola / Adam Arandojo Leanza /
Andrés Casciani /

Editó el señor (exministro de ocultismo) Diego Arandojo, responsable de esta publicación



